

TEMES

Cercles. Revista d'Història Cultural 16/2013: 21-29

ISSN: 1139-0158

DE INTELLECTUALES Y POLÍTICA EN LA DIALÉCTICA FRANQUISMO-ANTIFRANQUISMO

Ismael Saz

Universitat de València

RESUM. Este texto plantea una reflexión sobre las polémicas más destacadas acerca del papel de los intelectuales a lo largo del franquismo y, en particular, en los años sesenta. Se analizan las complejas familias ideológicas de los sectores derechistas de la sociedad española y sus múltiples polémicas y debates en torno a las posibles y variadas continuidades y rupturas de la tradición liberal española, partiendo del siglo XIX, pasando por la dictadura franquista, hasta llegar a la etapa democrática. Durante la dictadura franquista se desarrollaron cambios y evoluciones ideológicas en el mundo intelectual que permiten establecer las rupturas y continuidades en torno a la tradición liberal y sus influencias, ya sean estas españolas o internacionales.

PARAULES CLAU. Franquismo, intelectualidad, antiliberalismo español, modernidad, España, fascismo español.

ABSTRACT. This paper reflects on the most important controversies about the role of intellectuals throughout the Franco regime and, in particular, in the sixties. It analyses the complex ideological families of the rightist sectors of Spanish society, the many controversies and debates about the possible and varied continuities and ruptures of the Spanish liberal tradition, starting from the nineteenth century, through the Franco dictatorship and up to the democratic era. During the Franco dictatorship, there came about ideological changes and developments in the intellectual world that establish the ruptures and continuities around the liberal tradition and its influences, whether Spanish or international.

KEY WORDS. Franco, intellectuality, Spanish anti-liberalism, modernity, Spain, Spanish fascism.

Como anticipé en las sesiones del seminario, mi participación en él no se debía tanto a mi calidad como experto en un tema de investigación que no es el mío, sino a la posibilidad de participar en un debate del que sin duda salí enriquecido. No aportaré, por tanto, en este texto el fruto de unas investigaciones que no he realizado, aunque sí intentaré formular algunas reflexiones al hilo de las polémicas más destacadas acerca del papel de los intelectuales a lo largo del franquismo y, en particular, en los años sesenta.

1. Parece inevitable empezar por formular algunas reflexiones acerca de las nociones de fascismo, modernidad, liberalismo y franquismo, algo que está en el centro de la polémica sobre las continuidades y rupturas de la tradición liberal, en el franquismo mismo e incluso en la actual democracia y sus «orígenes culturales». En este sentido, no deja de ser sorprendente que haya que seguir insistiendo tras décadas de investigación en que el fascismo es un fenómeno tan secular y moderno como antiliberal. Parece una obviedad, pero no lo es en absoluto si atendemos a sus implicaciones.

La más importante de ellas es aquella que, partiendo del supuesto de que todo el franquismo era «antimoderno», la negación misma de la modernidad terminaba por proyectar a partir de ahí una luz de «liberalismo» sobre todo aquello que de «moderno» podía vislumbrarse entre los propios franquistas. Como quiera que en la España de Franco había fascistas, y que estos, en tanto que tales, eran «modernos» y todo lo seculares que podían y les dejaban ser, no cabe duda de que serían precisamente los fascistas españoles los beneficiarios de tan luminosa proyección. Es la idea del «falangismo liberal», que por más que se niegue, se matice, se reformule o se retuerza, está en la base de las construcciones sobre la continuidad de la «tradición liberal», las «disidencias» de intelectuales falangistas respecto del franquismo, la construcción de la intelectualidad antifranquista e incluso sobre los «orígenes culturales» de nuestra democracia.

Y, sin embargo, no todo en el franquismo era «antimoderno» aunque lo fuera, todo, antiliberal. Porque antiliberales y furibundos antiliberales eran los Ridruejo, Laín o Tovar, las gentes de *Escorial*, por señalar el buque insignia de tales reconstrucciones. Eran, se ha dicho hasta la saciedad, fascistas radicales, totalitarios, filonazis y filohitlerianos declarantes y declarados. Y no solo eso. Hasta 1941, desde las oficinas del Ministerio del Interior, controlaban la prensa, la censura y la propaganda. Decidían qué se

podía y qué no se podía escribir y publicar en España. Que se presentaran como abiertos a la integración de aquellos vencidos; nótese que no habían «dimitido por completo» de su condición de españoles, y que recurrieran al «rescate» malicioso y manipulador de Antonio Machado no puede hacer olvidar que eran ellos mismos los que habían puesto sobre sus hombros la pesada carga de arrasar, y para siempre, el liberalismo español. O, como se ha visto, que eran ellos quienes se abrogaban la capacidad de decidir quién era, o había dejado de ser, *español*. Más aún, la única disidencia que se registra por esas fechas, la de Dionisio Ridruejo en 1942, es la de un fascista que le reprocha al régimen precisamente eso, que no sea fascista de verdad.

2. En cierto modo, el equívoco parte de dos percepciones distintas pero complementarias. Por una parte, aquella que se refiere a la propia noción de «tradición liberal», porque, por sorprendente que pueda parecer, se encuentra en muchas de las construcciones al uso bastante livianas cuando no demasiado recientes. Laten por aquí, una vez más, las nociones del fracaso de la historia contemporánea de España, de la revolución liberal, del liberalismo como cosa de «unos cuantos». De modo que habría que esperar a la crisis finisecular para que el liberalismo español arrancase, por fin, con la fuerza de la que siempre había carecido. Como quiera que, por otra parte, tampoco el nacionalismo liberal español se habría mostrado especialmente efectivo, el cuadro podría cerrarse –así se hizo durante mucho tiempo– con la idea de que en la España decimonónica no hubo ni liberalismo ni nacionalismo ni, como consecuencia, nacionalismo liberal hasta las décadas interseculares.

Mucho ha avanzado la historiografía al respecto en los últimos años, y muchas de estas percepciones han sido cuestionadas de una manera radical. Pero, conviene recordarlo, ello no siempre importa cuando se trata de proceder a otro tipo de reconstrucciones, en las que anidan, como estamos viendo, las percepciones de siempre. La paradoja aquí es clara. Resulta que la construcción de la España liberal a lo largo de todo el siglo XIX se hizo poco menos que sin liberales, del mismo modo que la construcción de la nación española moderna, obra precisamente de ese liberalismo, se hizo sin un nacionalismo liberal digno de tal nombre.

Todo esto tan solo significa poner la historia del revés. Porque resulta que lo que se produce en España a finales de siglo XIX y principios del XX

es, como en todas partes, no el surgimiento de un nuevo y flamante liberalismo y, menos aún, del nacionalismo liberal. Lo que tiene lugar es justo lo contrario: por una parte, la primera ruptura con aquel nacionalismo liberal que había identificado nación y libertad; y, por otra, las críticas y distanciamientos respecto a la modernidad liberal. De hecho, Unamuno y Ortega son «modernos», pero lo que les distingue del liberalismo anterior no es esto, sino, y esta es otra cosa, que son «modernistas». Vale la pena detenerse en esto, porque aquí radica el más terrible y pertinaz de los equívocos: el de confundir modernidad con modernismo; el de convertir algo que, en España como en otras partes, está en los orígenes culturales del fascismo, en los orígenes, o los orígenes más sólidos, de la «tradicón liberal» española.

3. En efecto, si asumimos la perspectiva de Rogger Griffin del modernismo como crítica a la modernidad en nombre de otra modernidad alternativa, la posliberal basada en la idea de un «nuevo comienzo», habría que situar en ese marco modernista, cada uno a su modo, a nuestros Unamuno y Ortega. En esa crítica a una modernidad poco menos que fenecida que Ortega identificaba con «racionalismo, democratismo, mecanicismo, industrialismo, capitalismo». Bien entendido, desde luego, que había diversos «modernismos», entre ellos el «modernismo político», y que una de las posibles plasmaciones de este, no la única ni la predeterminada, sería el fascismo. Muchos modernistas no dieron jamás – ni tenían por qué darlo– el paso al modernismo político y menos aún al fascismo. No lo dieron, desde luego, ni Unamuno ni Ortega. Pero el quid del problema radica precisamente ahí: en que ese paso sí que lo dieron muchos de los que se consideraban sus discípulos, sus «nietos» e «hijos», los fascistas españoles. Ciertamente que estos últimos se mostraron críticos con sus padres y abuelos putativos, pero lo hicieron sobre todo por su «incapacidad» para dar el paso que mencionábamos, para romper de manera radical con el liberalismo. De modo que lo que reivindicaban y seguirían reivindicando durante décadas los fascistas españoles no era la faceta liberal de sus maestros, que denigraban, sino la modernista. Por eso, atisbar retazos de liberalismo cada vez que un falangista reivindicaba o se apoyaba en Unamuno u Ortega, ya en la larga noche franquista, supone ignorar los trazos fundamentales de la evolución de la cultura europea. Implica, otra vez, poner la historia del revés

4. Por supuesto, los fascistas españoles no estaban solos ni eran hegemónicos en el franquismo. Competían con otra cultura política, la de Acción Española –y la del nacionalismo reaccionario europeo–, que no era «modernista» en el sentido que venimos apuntando. Más que a un «nuevo comienzo», aspiraba a «borrar» la modernidad para volver a un imaginado y reinventado antiguo régimen. Tan furibundamente antiliberales, si no más, que los fascistas, detestaban todo lo que había de secular en esa cultura. Si el antiliberalismo fascista era «posliberal», el de estos, en sus referentes, era «preliberal». De ahí que su actitud ante la cultura «moderna» fuese mucho más radical y en potencia destructiva que la fascista. Ni Unamuno, ni Ortega, ni Machado... ni el grueso de la cultura española de los siglos XIX y XX podían ser objetos de devoción alguna, todo lo contrario, y lo mismo puede decirse de los referentes culturales europeos a los que se remitían los fascistas, fueran estos Nietzsche, Sorel o Gentile, por ejemplo.

Por tanto, y por comparación, los fascistas en general podían parecer mucho más «modernos» que sus antagonistas. Y en el caso español, por añadidura, más «liberales». Era el torquemadismo cultural de los nacionalcatólicos españoles el que terminaba por proyectar, como en un espejo deformado, matices de luminosidad liberal en sus oponentes, los falangistas.

Se trata de profundizar en estos aspectos y no de debatir acerca de si los análisis del historiador son «equidistantes» o dejan de serlo, a la hora de estudiar las grandes batallas político-culturales que tuvieron lugar *entre los intelectuales franquistas* a finales de los años cuarenta y primeros cincuenta: entre los de *España como problema* y los de *España sin problema*; entre los falangistas y los nacionalcatólicos; entre los Laín y compañía y los Calvo Serer y los suyos; entre los «excluyentes» y los «comprensivos». Por supuesto que el historiador debe ser en todo esto «equidistante», pero en el sentido de utilizar sin ambages las armas de la crítica y sus conocimientos historiográficos para profundizar en la comprensión de las dinámicas culturales y políticas, de las culturas políticas, en el marco de las cuales actuaban unos y otros. Y, desde luego, no se entiende muy bien por qué el historiador habría de olvidarse de su profesión para «tomar partido» en el conflicto entre los dos antiliberalismos dominantes en el franquismo.

5. Es desde esta perspectiva desde la que se debe enfocar el problema relativo a las distintas evoluciones. Parece obvio que el eventual paso del modernismo fascista a la «modernidad» democrática habrá de ser más fácil que en aquella otra posición que arremetía contra toda la cultura moderna. De ahí la propensión a las filias y a las fobias en la mirada retrospectiva de algunos de nuestros historiadores. Y de ahí, también, la necesidad de situarse críticamente a la hora de entender las evoluciones de los «viejos maestros» y las de los nuevos intelectuales, los que serían los protagonistas, ya en clave antifranquista, en los años sesenta.

Porque para los jóvenes socializados en clave falangista, los que habían tenido como «maestros» a Laín Entralgo, a Francisco Javier Conde, a Antonio Tovar y tantos otros, la cultura «moderna» estaba ahí; la «modernista» y la «no modernista» estaban juntas y entremezcladas. De ambas les habían tenido que hablar sus maestros, aunque solo fuera para subrayar la superioridad de la primera. Pero esto es justo lo que hicieron los jóvenes: darle la vuelta a lo que habían hecho sus maestros, marchar en la dirección contraria de lo que habían hecho estos. Es decir, pudieron abjurar del modernismo fascista, para aproximarse a otros modernismos, o tan solo para descubrir los valores de la «otra» modernidad, la democrática o, en su caso, la revolucionaria. Y lo mismo hicieron en relación con Unamuno y Ortega. En contra de lo que les habían enseñado sus maestros y del camino recorrido por ellos, descubrieron a los Unamuno y Ortega «liberales» para alejarse de aquellos perfiles modernistas, en el sentido en que hablábamos al principio, que tan queridos les habían resultado a sus maestros.

6. Por supuesto, también algunos de los maestros evolucionaron hacia la aceptación de la modernidad liberal y, con ella, hacia posiciones antifranquistas. Pero solo algunos y, con alguna excepción, muy tarde, y sin que, además, dada la tibieza de tales evoluciones, sea fácil adivinar cuándo, cómo y hasta qué punto se produce una ruptura completa con las viejas posiciones. Porque, en efecto, conviene recordar que la derrota de los fascismos no es solo militar, sino que es una derrota política y cultural que cambia de manera radical el terreno de juego en los planos de la historia política, cultural e intelectual. Y esta derrota se produce en 1945. Lo que se trata de indagar, en consecuencia, es por qué estos intelectuales del franquismo «comprensivo» tardaron tanto en distanciarse del franquismo y del fascismo. Y la razón está justo en lo que había de arraigo profundo de

algunas de las claves fundamentales del modernismo fascista. Basta leer *España como problema*, de Laín, para constatar que en su pretendida equidistancia entre progresistas y tradicionalistas del siglo XX reconoce a los primeros su «modernidad» (su «actualidad»), pero no su acierto en lo que a «españolidad» se refiere; justo lo contrario de lo que hace con los tradicionalistas. Una gran trampa que sirve, por una parte, para retomar, sin mencionarla explícitamente, la idea del fascismo como la gran síntesis, a la vez revolucionaria y moderna, capaz de superar las contradicciones de la sociedad moderna; y, por otra parte, para mantener viva y activa otra vieja «tradicción», no muy liberal, por cierto: la que negaba a los constructores de la nación española moderna, los liberales, su condición de nacionalistas españoles.

Es cierto que poco a poco algunos de estos «maestros» fueron evolucionando hacia posiciones liberales y democráticas, y que su firma empezó a aparecer con mayor o menor asiduidad en las múltiples iniciativas de intelectuales españoles a finales de los años cincuenta y a lo largo de los sesenta en protestas contra la represión o la censura, peticiones de amnistía y de mayores libertades, etcétera. Pero conviene precisar que no fueron todos, que su participación en tales iniciativas, a veces convencida, y en otras ocasiones renuente, no se producía nunca en posiciones de vanguardia, como impulsores en primera línea de los sucesivos escritos o manifiestos. Y, por supuesto, ni estaban ni se les esperaba en el campo del antifranquismo abierto y explícito, es decir, en el de la lucha abierta y comprometida por la democracia.

Hubo, desde luego, alguna excepción. Y la más significada es la de Dionisio Ridruejo, en el plano de impulsor de iniciativas como las que mencionábamos y en el del antifranquismo. Pero, como es perfectamente sabido, en la evolución hacia el liberalismo explícito y el antifranquismo del otrora fascista radical tuvo mucho que ver su experiencia de contacto con otras culturas democráticas, en particular con la italiana, pero también con la menos permeada por el franquismo, la catalana. El hecho, vale retenerlo aquí, de que su gran oponente de los primeros cincuenta, el «excluyente» Calvo Serer, evolucionara hacia la democracia liberal a raíz de otra experiencia personal en una sociedad democrática, la estadounidense, lo dice todo acerca de la capacidad de cualquier sector del franquismo para generar puntos de contacto o continuidades con la

tradición liberal. Porque, como también se sabe, la evolución de Ruiz-Giménez pasa también por su contacto con la Iglesia, y no la española precisamente, en vías de renovación. En suma, las «continuidades» de la tradición liberal española se encontraban fuera de las fronteras de España, es decir, fuera de las culturas políticas franquistas, fueran estas las del falangismo más o menos crítico o las del integrismo nacionalcatólico (que por aquí se van encontrando también extrañas «continuidades liberales»).

7. Si algunos de los viejos maestros evolucionaron, esto fue así, como se acaba de apuntar, a partir de contactos externos, pero también en la línea de readecuación a dinámicas que venían de otra parte y que en buena medida les sobrepasaban: las protestas estudiantiles o las movilizaciones obreras o la emblemática de Asturias en 1962. Era en este marco donde se iba forjando una nueva intelectualidad en el sentido «clásico» del intelectual crítico y comprometido, el que sería ya protagonista en los años sesenta para desconcierto del régimen y de sus órganos de expresión (basta leer al respecto los diarios *Pueblo* o *ABC*).

Aquí sí, tenemos el protagonismo indiscutido de los «nuevos» intelectuales, de los jóvenes que podían haber sido, o no, discípulos de los viejos maestros. Ahora bien, ¿de dónde venían? ¿Hacia dónde iban? ¿Qué leían? Ya se ha dicho que estaban haciendo el camino inverso de sus maestros: del modernismo fascista a la «otra» modernidad; de los Unamuno y Ortega troceados –por no hablar, por *Escorial*, del descuartizado Machado– a lo que en ellos había de liberalismo. Y es evidente que para estos caminos de nada les servían sus viejos maestros. Todo lo contrario, saltando por encima de ellos buscaron el contacto con la tradición liberal, la republicana, la socialista y la comunista. El sorprendente protagonismo de los comunistas ya en los años cincuenta, con Pradera, Tamames, Muñoz Suay, Bardem, Sacristán, etcétera, muestra –por más que no sea el único– que estos jóvenes buscaban de un modo desesperado el reencuentro con unas tradiciones y unas realidades que estaban en las antípodas de las que les habían enseñado.

Faltaba, desde luego, en estos «viajes» otro ingrediente, el de la cultura internacional. Porque en ese camino, en los inicios o a lo largo de él, estos jóvenes llamados a ser los grandes intelectuales de las décadas sucesivas fueron conociendo a Sartre, a Gramsci y al marxismo en todas sus

ramificaciones. El ejemplo de Pradera y su viaje –otra vez– a Roma es emblemático, pero en modo alguno excepcional.

8. En suma, si se quieren buscar los orígenes culturales de nuestra democracia, estos están ahí. En la pervivencia de unas «tradiciones» que el franquismo, por la vía «excluyente» o «comprensiva» que fuera, no había conseguido arrasar. Fueran estas la socialista, la comunista o las culturas del catalanismo, tan frecuente como injustificadamente ignoradas (estas últimas) a la hora de trazar «genealogías» en el proceso de reconstrucción de la intelectualidad española. Y se trataba también, en todos los casos, de diferentes procesos y momentos de reencuentro con una cultura europea de la que la española siempre había formado parte hasta 1939.

Otra cosa es que ya a partir de la segunda mitad de los años setenta, con la Transición, algunos de los viejos maestros, empezando por un Ortega presentado como lo más coherente e inmaculado del liberalismo español, fueran desempolvados por determinados sectores de la nueva clase dirigente y de los nuevos poderes mediáticos. Está, por así decirlo, en la naturaleza de las cosas, y no hay que hacer demasiados aspavientos por ello. Pero no deja de ser preocupante que por este lado se empiecen a extender patentes en torno a cuanto tenían o dejaban de tener de «auténticos» demócratas los intelectuales del antifranquismo. ¿Otra vez la historia del revés? ¿O una nueva e inquietante «equidistancia»?